

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
 Redacción, Mayor, 2A.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.
 Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia París: Mr. A. Lorellé, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 81 Faubourg Montmartre.—New-York: Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

Los diamantistas de Amberes

El cronista—el cronista soy yo—ha estado enfermo. Tal vez la emoción de ver reproducido un artículo suyo por todos los periódicos españoles de orden. Tal vez—esto parece más probable—la sensación de estas nieblas que en ronda silenciosa comienzan a desfilarse sobre las ciudades húmedas, desdibujando las torres plomizas y los tejados de pizarra. Ello es que ha estado enfermo. Y lo dice aquí no obstante el escaso interés público de la noticia, para que sirva de explicación á los lectores que le estimen, y de satisfacción á los que le detestan. Pero el efecto de estos últimos no puede quedar sin sanción: y yo prometo castigarlos, enviando durante estos días todas las crónicas omitidas en los anteriores. No hay bien que cien años dure y este silencio mío no podrá prolongarse. Han vuelto, además, los espíritus á la normalidad en esa ciudad querida. Podemos volver, pues nosotros, á conversar amistosamente, sin temor á resaltar un espacio necesario para la propaganda electoral, cuya humareda, por decirlo así, ha llegado hasta estas tierras lejanas.

Acabó nuestra peregrinación por tierras de Flandes, en un último viaje á Amberes, sumergida ya en el perpetuo crepúsculo de las lluvias pertinaces, de las nieblas flotantes y grises. Del viejo Esca da ascendía la lenta procesión de las humaredas vacilantes entre la lluvia; gustamos nosotros de esta emoción que se emana de los puertos cosmopolitas, aullidos de sirenas, chirriar de las grúas enormes, trepidar de las plataformas giratorias, bajo las vargonetas cargadas de carbón; y el oscilar de los mástiles, á cuyo remate treman las flámulas de todos los países del mundo; y el chapotear del agua grasienta en las escalas de los muelles interminables; y el ir y venir afanoso de los marineros rojizos ó cobrizos, que andan balanceándose, en los labios la pipa humeante, con una brasa que parpadea; y esas tabernuchas de todos los puertos, donde se huele á brea y á pescado frito; y ese encenderse de linternas multicolores, fantasmagóricas, que tiemblan reflejándose en el agua con un halo amarillizo de la ne-

blina; y ese acordeón exagonal de cionw de circo que parece poner un comentario lírico á todas las emociones confusas del anochecer, junto al agua.

Pero nos fué forzoso evitar la sugestión del puerto, volver á la ciudad; en esta doble personalidad de poeta y de estudiantes de sociología tócale doblegarse á la primera. Y luego, nuestra investigación tampoco estaba exenta de emociones curiosas. Figúrese que íbamos á estudiar la organización de los diamantistas. Conocer de cerca á esos artifices de entre cuyas manos, mágicas, un río de gemas maravillosas y luminosas se vierte sobre el mundo. A vosotros lectores, á vosotras, sobre todo, electoras, ¿no os produce un ligero estremecimiento la idea de acercaros á esas piedras temblorosas en cuyas facetas la luz se deshace en una voluptuosa caricia, diabólicas piedras capaces de turbar el destino, y de alumbrar los más tortuosos y más extraviados senderos de la vida? Hay, en el fondo de todas vosotras, así de las más simples de corazón y voluntad más recta, como de las más complejas y pecadoras, algo del divino sobresalto de la Margarita de Fausto, que tiembla de tentación y de deseo y de angustia ante el collar de perlas encontrado en su alcoba virginal. Pero el collar de Margarita, de haber vivido en nuestros días, hubiera sido de brillantes y no de perlas, que ahora se falsifican de manera admirable. Hubiera sido de claros y limpidos brillantes, de aguas transparentes en donde el arco iris se fundiera glacial y diáfano, como pupilas sobrenaturales, exóticas llenas de pasmo y de misterio.

En cuanto á nosotros, un poco enfermos de esa misma obsesión morbosa que atormentaba al personaje de Lotrain, no podíamos acercarnos al taller de los lapidarios sin una turbación semi-religiosa. Quisierase que los trabajadores de diamantes fueran gnomos y laborasen secretamente, y por los agujeros de la tierra vierasen á porquer su obra á las mujeres dulces y bonitas, es decir, á las bonitas, aunque no fueran dulces...

Y no. ¡Vivrais á estos hombres gordos, ahitos de cerveza, de manos aspe-

ras é indumentaria burguesa, trabajar las gemas (pacas de lúces mortecinas, pulirlas, frotarlas, hacerlas fulgir, trocarlas en un puñado de chispas, en un hervidero de hormiguitas luminosas y revoltosas)! Y los talleres! La vigilancia ahoga como una pesadilla. Los pequeños instrumentos recuerdan esas polvorientas reojerías de provincias, donde de niños nos asomábamos para ver á un viejecito que nos miraba con su antejo único, tras del escaparate, debajo de una pantalla de quinqué. Pero estos señores artesanos agremiados como en el viejo tiempo, son serios, y un poco excesivos, y otro poco orgullosos. Son la aristocracia del proletariado. O por mejor decir, apenas si, por un asomo de condescendencia, consienten en llamarse proletarios. ¿Y cómo no olvidar todo el prosaísmo de la vida y toda la solidaridad debida á los compañeros humildes, cuando se practica este oficio privilegiado y honoroso, perpetuado de padres á hijos, lleno de voluptuosidades y de tentaciones y de sugerencias inefables?

Ellos trabajan con una impasibilidad magnífica; entre sus manos se opera el alumbramiento de piedras que valen sumas fabulosas. Y os aseguro que hay en esta labor algo de hechicería. Vosotros, y vosotras aún más lo diriais conmigo: un hombre cuadrado y macizo como un ciclope, trabaja bajo una lucerna; en sus manos, casi imperceptible, un pobre trozo de cristal; y de pronto, en un momento en que el polvo de diamante acaba de afilar una arista, brota de entre las manos del ciclope una estrella azul ó rosa, ó amarillina; una estrella que tiembla como una mariposa, y cambia de tonalidad, y se apaga y se enciende de nuevo, y se desliza entre los dedos, y torna aparecé; tal un diminuto fuego fátigo obstinado yiburlón y viviente.

Pero ellos no reparan en tales maravillas. Quiero decir que no reparan para soñar. Terminan su labor. Encienden su pipa. Salen á la calle con ojos de asombro. Y de seguro no establecen ninguna relación entre las luces mágicas que acaban de encerrar en los cofres de hierro, y el cuello blanco y moribundo de las muchachas que, á la misma hora, pasan desgranando sus rulos, dando una impresión fugitiva de sol con sus cabelleras blondas, bajo la lluvia...

Será cosa de hablar ahora de su organización previosa del paro, de sus precauciones relativas á la enfermedad, de sus medidas corporativas, para ase-

gurar una pensión suficiente en los días de a vejez? Podríamos, haerlo, sin duda, puesto que en rigor á eso fuimos. Pero sería reinatar la impresión de un bello cuento de hadas oído al calor del hogar con la cuenta prosaica de la compra del día siguiente. Quedémonos, pues, esta noche con aquella sola luminosa emoción.

¡Fria y trágica belleza de las piedras preciosas, á las que ya nuestro buen Rey Alfonso X, atribuía las más extrañas y diabólicas influencias sobre los destinos humanos!...

JUAN PUJOL.
París Noviembre 1911.

En un abanico

En el libro de mi mente no está impreso el pensamiento que pueda gloriar, ferviente, tu belleza y tu talento.

Y siendo humilde de ideas, aunque no de corazón, forjo mentales preseas en un yunque de ilusión.

Por eso, escrito en la tela de tu abanico sedefo, mi verso deja una estela hecha de luz y de ensusfo.

MADRIGAL

En el abanico de tu fantasía he dejado escrita toda mi poesía con letras de ensueño, para que ella oriente las ciegas caídas de tu "clavileño" (treras hecho de lirismos, sueños y quimeras).

¡Oye, amada mía: ya que mi cariño en tu noble pecho su lugar ocupa; sobre tu Pegaso, cual si fuese un niño, llévame... ¡aunque sea ginecete en vida (grupá!...

OPTIMISMO

¡Y pensar que tu boca divina, que es un nido de besos de amor, se tendrá que trocar en ruina por la ley de los años...

¡Dolor que lirismos y encantos ahuyenta y en escépticos torna á "os sabios!...

¡Yo, por eso, esta vez, querré la milglo, en honor de juventud, escanciando la vida en tus labios!...

Esteban Satorrés.
Cartagena.

MIRANDO AL PORVENIR

¿Qué misión provechosa para Cartagena se propone usted realizar en el Ayuntamiento?

Habla D. Francisco de Pachocha

Como la vigente ley electoral puede llevar á los escafios municipales á cualquier ciudadano, el reporter encargado de esta sección interpelló ayer á las diez y nueve y quince minutos al modesto industrial Pachocha para saber qué haría en el Ayuntamiento.

Pachocha es la voluntad hecha hombre en forma de limpiabotas, ha visitado varias veces la perrera no por expender el vino con medidas ilegítimas sino por haber abusado del desgrabado.

No le ha aseado el cutis, el sol Africano ni mucho menos el de la China, como á otros que pronto se apretarán el fagín en la cintura. Camina de frente y hacia adelante, vamos que no anda como los cangrejos, tiene impetuosidad, aunque no con la in consciencia del simoun, ó del maestra y ¡zap! de los similitarres que pretenden estorbarle cuando juega al paso ó al chinchemonete.

Su amor á Cartagena lo ha demostrado repetidas veces, es muy competente en asuntos administrativo y lo mismo abrilla un par de zapatos de piel de carnero que dá mate á unas elegantes botas imperiales ó de estilo de Luis XV.

Pachocha es plétórico en la acción muy parco en sus palabras y modesto pero muy modesto en su manera de vestir, pero un verdadero artífice para dar betún á toda clase de calzado por muy deteriorado que se encuentre.

Por todas estas cosas y otras que se reserva el reporter para mejor ocasión le ha costado á éste grandes esfuerzos para arrancarles las declaraciones siguientes.

Con estas manifestaciones espontáneas y escandalos por la libertad y por Cantarranas; con esa reverberia de opiniones que han surgido por las predicaciones del apóstol de la saladura, (dijo Pachocha reclinado con cierto posito sobre su elegante betunera, y mirando frente á frente como se esfu-

maban las espaldas que desahojaba unipitillo de los arrañados.)

El problema de la hacienda municipal está hoy lo mismo que un catre sin tornillos, y su encausamiento es más arduo y espinoso que darle sain á un par de botas de becerro inglés.

Algunos de los concejales del bloque que se asientan en los sofases carmesies el día primero del primer mes del año que viene tropezarán varias veces en las alfombras púrpuras por la poca costumbre de pisotear pavimentos aterciopelados.

No creo que la misión de estos nuevos administradores del común se metan en camisas de once varas, como hicieron sus antecesores pues bien claro y palpablemente ha quedado demostrado que de todo lo que dijeron no ha resultado más que la pérdida de muchas miles de pesetas en censos y reconocimientos de tabiques medianeros.

Es preciso, siguió diciendo don Francisco de Pachocha, recabar de las lavanderas que nos alivien en nuestras cargas, apesar de que así lo vienen haciendo las pobres; pero esto es poco y ellas, con jabón y fuerza en las muñecas, pueden hacer mucho más.

Hay que reducir los gastos que ocasiona el surtir de extracto de regalicia, de grama y majavisco á los pasajeros pobres de Apolí.

Yo, si fuera á los escafios, propondría en una ó más sesiones, un programa regenerador sin abusar de ese lema que ya huele á queso.

¿Y qué misión provechosa para los intereses de Cartagena, haría el modesto betunero?—le interrogó el reporter.

Pues lo primero sería mandar que vistiesen de capirote amarillo, y lo pisearía montado en una burra blanca, á todo aquel que bautiza el vino y lo despacha con medidas rebajadas. Es decir que dan los dioses mercedos causando con ese abuso gran detri-

nuestros lectores de co templar su horrible sufrimiento.

Pasaron ocho días.

El joven Luis Segado regresó de Valencia. Luis de Narváez, humildísima máquina puesta á merced de agenas voluntades, siguió al joven hidalgo á Cartagena. Ardiente é impetuoso éste, tuvo necesidad de hacer esfuerzos gigantescos y de inspirarse en su piedad filial, para no quebrantar la expresa voluntad de su buen padre, que Antonio de Sepúlveda le transmitió de la manera más precisa, absoluta y tenaz, y á fin de no exponerse á quebrantar el paternal mandato, tomó plaza en los tercios castellanos y se trasladó á Flandes, en donde á la sazón se batía el cobre.

Nicolás Garre se obtuvo de volver á Cartagena pues aunque la pragmática real que penaba los duelos no había alcanzado á castigarlo, por cuanto se ocultó el suceso por los actores y testigos, por lo cual la familia de Segado no entabló acusación ni menos el fiscal de la jurisdicción real; como Francisco el Alumbreiro, testigo mudo de aquel duelo desde la parte superior de la linterna, lo dijo á todo el mundo, y como consecuencia, la unánime opinión condenaba al hidalgo Nicolás, habría éste sido un hijo provocando el enojo de

moso mancebo, que el padre hizo llegar hasta su celda.

Los buenos franciscanos, en su curiosidad, notaron que el mancebo era sobradamente hermoso, y que sus formas abultadas, mórvidas, y suaves, parecíanse á las formas de una dama; no faltando indiscretos que preguntaran á su reverencia, después que la visita se marchó, si aquel lindo mancebo con quien pasó en su celda media hora, era un nuevo sobrino que había venido de su tierra para tener el gusto de abrazarle. Gracias á que su lego cubrió la puerta de la celda mientras estuvo la visita, no dejando lugar á la liviana indiscreción de los que, de otro modo, habrían quizá tratado de escuchar lo que hablaban el fraile y el mancebo.

Aunque confusamente, el buen lego escuchó:

—Poseo amorosas cartas de una tal doña Inés y las de cierto reverendo padre.

—¿Qué queréis que yo haga en cambio de esas malhadadas cartas?

—Lo contrario que hacéis: de otro modo... buen padre...

Haré cuanto queráis,

—Pues bien; todos deben creer que fué Garre el raptor, y esto sin ningún género de duda, como un artículo de fé.

bio á eso de la excelente virtud del agradecimiento. Su adhesión al hidalgo, á quien en primer término debía la consideración que disfrutaba, le movió á trabajar en su favor con un ófan extraordinario; y como sus parientes tenían mucha influencia en el estado llano, mandó á los trabajos de éstos, se viose vendida en parte la viva prevención con que las almas timoratas miraban el culpable caballerillo.

Tan hábiles trabajos, sin embargo, fueron neutralizados brevemente por el muy reverendo franciscano fray Juan Nepomuceo de la Cruz.

Y pensará el lector, ¿Cómo explicará la conducta de este fraile?

Cierto que para obrar de esa manera tuvo que ser extraordinario, debió imponer silencio á su conciencia.

Nadie mejor que él conocía la inocencia del hidalgo y saben sus lectores cuanto había trabajado en su favor de su vida que le fué posible dado el peligro que le amenazaba.

Cuando empezó Antón Pica sus trabajos en favor del hidalgo, le acordó el buen fraile poderosamente, que á ello pues, le empeñaba su conciencia; pero cesaron sus gestiones después de recibir una visita de que nos vamos á ocupar.

Fués ocha esta visita por un joven, un her-